

♦ La tradición y el gaucho de formas. Este pañuelo, de mayor tamaño que el otro, protegía contra el viento y el sol, de día; de noche, contra el sereno o relente —especie de rocío— fresco y peligroso para quienes están mucho tiempo expuestos a su influencia. De ahí su nombre de “sercuero”.

En resumen, enumeradas por su orden, de los pies a la cabeza, las “pilchas” de un traje gaucho completo son a) Botas de potro o bota fuerte; b) Calzoncillos cribados; c) Chiripá; d) Ceñidor o faja; e) Cinto y rastra; f) Camisa; g) Chaleco; h) Chaqueta o saco; i) Pañuelo de cuello; j) Sercuero; k) Sombrero.

Ahora bien: debe tenerse en cuenta que entre las prendas indicadas y todas las demás de uso general, hubo en el transcurso del tiempo, y hasta contemporáneamente a cada época, gran cantidad de modelos y estilos, pues el gaucho llevó bragas o calzón corto, pantalón y chaqueta ajustados, de tipo español, sombrero de paja, de los llamados panamá o jipi-japa, otro de forma parecida a los actuales cilindros de felpa, el característico “panza de burro”, boina con un borlón que caía a un costado, gorro de manga, etc., etc.

Por otra parte, existió quien nunca supo lo que era ponerse un sombrero, una chaqueta, un calzoncillo —con cribos o sin ellos— y alguna otra prenda que la pobreza desterraba. El pañuelo suplía al sombrero o la boina; el poncho ocultaba la ausencia del saco o la chaqueta, y el chiripá, un poco más amplio y caído, la del calzoncillo. Y este disimulo sobraba

♦ La tradición y el gaucho

cuando el gaucho era de los denominados “rotosos” o “de pata en el suelo”, como se decía del que andaba siempre descalzo, es decir, el haragán recalcitrante, ya que el material para confeccionar unas botas estaba allí, en medio del campo, al alcance de todos y sin que costara un centavo siquiera. Era cuestión de un poco de trabajo: cuerear y sobar, nada más.

En cuanto a las mujeres campesinas, los vestidos, con profusión de puntillas que se almidonaban, al igual que la ropa interior, se caracterizaban por ser amplios, sin escote y con mangas largas, para defender la piel de las caricias agresivas del sol y del viento, unas veces, otras para conformarse a las reglas que imponía el pudor. La coquetería ha sido la más constante de las virtudes femeninas, en todos los tiempos y épocas, lo mismo en el corazón de las ciudades y pueblos, que en medio del desierto. Claro que aquí caben, también, las mismas excepciones que antes se anotaron para los hombres.

Y repito lo que ya he dicho muchas veces; en ciertas cuestiones de la tradición, especialmente en esta que hemos tratado, no hay que inventar nada. Aquí y allá, en libros y más libros están las “pilchas” gauchas, bien descritas, con su forma, su color, sus adornos. Y aquí y allá en dibujos y cuadros pictóricos de la época.

La verdad es fácil de encontrar. Pero es necesario que estemos dispuestos a buscarla y que la busquemos sin pasionismo, con la misma independencia de criterio con que el historiador —el verdadero his-

♦ La tradición y el gaucho toriador—, estudia y anota los diversos hechos sociales que estructuran a un pueblo y caracterizan a sus individuos.

II

En nuestro campo antiguo no hubo estilos de uniformidad permanente; no podía haberlos, dadas las condiciones del momento.

En líneas generales, la vestimenta solía ostentar un sello más o menos característico, según la fuente de producción de sus “pilchas”; pero como no siempre todas las prendas de un equipo gaucho tenían el mismo origen, de ahí las dificultades para que imperase una moda determinada.

Las prendas tejidas en Cuyo —Mendoza, San Luis y San Juan—, eran distintas en su factura a las de Santiago del Estero, a las de Córdoba, Salta y Jujuy, o las de los indios “pampas”. Todavía más manifiestas eran sus diferencias con los tejidos europeos, particularmente con los de origen inglés. Y tanto aquéllas como éstos, abundaban en las esquinas y pulperías donde se proveían los habitantes del interior de nuestro país.

Otra razón fundamental para esta especie de anarquía, era el estado de pobreza en que vivía el hombre de campo; como no siempre estaba en condi-

♦ La tradición y el gaucho
ciones de elegir, las más de las veces tenía que resignarse y usaba lo que buenamente podía comprar.¹

1 Este capítulo, como el siguiente, que se refiere al apero o recado, fueron publicados, con un estudio detallado en el libro *Las pilchas gauchas*, 1947.

El apero o recado

EL CABALLO FUE PARA EL GAUCHO como parte indivisible de su propio ser. Sin caballo no había gaucho; vivió a caballo, podría decirse; todos sus trabajos los realizó a expensas del mismo; hasta durmiendo, tenía el pingo o flete bien a mano, ya en el corral, ya atado “a sogá”, pues cualquier necesidad imprevista que surgiera debía resolverse, en la generalidad de los casos, con su auxilio: la búsqueda de la tropilla, del médico o curandero, de la “comadrona” o partera; la fuga, ante la sorpresiva aparición de los salvajes...

Y si nada de esto ocurría, siempre era una tranquilidad saberlo allí, cerca, como la más efectiva esperanza en medio de la soledad.

El gaucho se complementaba de tal modo con el caballo que, cuando no lo tenía —cosa difícil, pero no imposible— afirmaba, con hondo desconsuelo: “ando sin pies”, o sea inválido, inutilizado para las actividades propias del campo abierto, huérfano de su mayor recurso.

♦ La tradición y el gaucho

En consecuencia, es lógico que su mayor preocupación la constituyese el conjunto de “pilchas” o prendas que se destina al dominio del bruto y a la comodidad del jinete; y podría afirmarse, sin exagerar, que su dedicación en ese sentido no fue superada en parte alguna del mundo.

Lo necesario y lo accesorio, lo preciso y lo aparentemente decorativo en los arreos de su cabalgadura, fueron el centro de atracción de la actividad y la inventiva gauchas. Por eso, el cuero —materia prima al alcance de todos— resultó el auxiliar precioso e insustituible; el trenzado, desde el lazo de varios ramales hasta el botón de tientos finos como hilos, llegó a erigirse en arte completo y dio carácter a una época de nuestra campaña.

La silla de montar usada en otros países se distingue por el número reducido de elementos que la componen; la silla de montar del gaucho, el apero o recado, está formada por una gran cantidad de piezas —“sogas” y “pilchas”— de imprescindible uso unas, ocasionales otras, inútil ninguna.

Pero fue la propia vida gaucha, con sus necesidades, la que influenció e impuso esa transformación; el recado estaba y no estaba dedicado exclusivamente al caballo; al llegar la noche, lo mismo en medio del campo que en “las casas”, el apero terminaba su función de intermediario entre el hombre y la bestia, para convertirse en útil doméstico, en un tipo de cama donde el jinete se reponía de las fatigas de un largo día de andanzas.

♦ La tradición y el gaucho

De ahí que el simple y manuable mandil inglés se reemplazase por las matras, la silla o montura por los bastos o el lomillo, en sus variadas formas, que admitían al lanudo y mullido cuero de oveja o cojinillo.

La transformación contempló, pues, un doble aspecto: el de la montura y el de la cama. Al margen de estas funciones, las diversas prendas del apero, liadas con el cinchón, proporcionaban, además, un asiento cómodo en el fogón a campo abierto.

Y otro tanto puede decirse de la inventiva en el renglón “sogas”; las tareas del gaucho se desarrollaron siempre en el campo de la ganadería; su actividad fue lucha constante por el dominio de las fuerzas vivas —vivas y bravas— de la pampa, y en esa lucha, el lazo, las boleadoras, el maneador, el bozal y el “cabresto”, la manea, el freno y hasta el mismo rebenque tienen su función y su momento.

En el apero gaucho, desde la primera a la última pieza tienen su aplicación y su explicación, sean herramientas activas o pasivas.

—Para mí —dijo alguien una vez— el fiador y el pretal no tienen razón de ser. ¡No sirven para nada!

En efecto; hoy, ambas prendas suelen ser meros adornos. Pero ayer —y en la función que les dio origen— hubiéramos visto, colgando de la argolla del fiador, la pava, necesaria para calentar el agua del “cimarrón”, el paquete de sal, el “charqui”, que se vuelve substancioso en las comidas de emergencia, o

♦ La tradición y el gaucho

la manea que salva al gaucho del temido peligro de “quedarse de a pie” en medio del desierto; y en lo tocante al pretal, no el pretal de puro lujo de los “chapeados” modernos, sino aquel otro, el antiguo, de cuero crudo y doble lonja, llamado “ahorcador”, humilde, pero resistente como el que más, ¡de cuántos apuros salvó al gaucho en los rodeos, los apartes y las yerras bravías, donde no siempre se presentaba la coyuntura favorable para darle un vistazo al apero y una ajustada a la cincha del, a veces, cosquilloso redomón!

En el recado del gaucho no faltó ni sobró nada. Tanto en el norte como en el sur, en el este como en el oeste, fue lo que tenía que ser; sus similitudes y diferencias existieron por imposición del medio ambiente —el suelo y las necesidades de cada región— ya que el apero no fue otra cosa que una herramienta de trabajo.

Las prendas del recado pueden dividirse en dos grupos principales por su función con respecto al caballo: en el primero están comprendidas las “sogas”, tiras de cuero, angostas y más o menos largas, a veces con aplicaciones de metal —argollas, trabas, bombas, pasadores, etc.— que se destinan a sujetarlo y dirigirlo: lazo, bozal, “cabresto”, fiador, manea, maneador, cabezadas, bocado, riendas, etc.; en el segundo, las distintas “pilchas” que forman lo que es, en realidad, la silla de montar gaucha: pelero, conocido también como sudadera o bajarita; matras, caronas, bastos o lomillo —en sus diversas formas—

- ♦ La tradición y el gaucho

cincha, estriberas con estribos, cojinillo, sobrepuesto y cinchón; este último puede ser reemplazado por la sobrecincha o el “pegual”.

En verdad, ateniéndonos a sus características, también el cinchón, la sobrecincha, el “pegual”, las estriberas y hasta la cincha debieran incluirse entre las “sogas”, pero se establece la diferencia en razón de su función totalmente pasiva y al margen de la asignada a las otras.

De las “sogas”, unas son imprescindibles en todo momento —bozal, “cabresto”, cabezadas, riendas— y otras accidentales: pretal, maneador, fiador, etc.

Aprehendido o agarrado el animal, se lo sujeta con el bozal y el “cabresto”; luego se le pone el freno con las cabezadas y las riendas; hecho esto, se lo ensilla.

La colocación de las prendas del recado, llamadas “jergas” en términos generales, es la siguiente: primero el pelero o sudadera, directamente sobre el lomo del caballo; a continuación, las matras —por lo común dos— y, en seguida la carona o las caronas, pues hay quien usa dos, una lisa y otra labrada, de lujo; encima de las caronas van los bastos o el lomillo; todo esto se asegura con la cincha, pieza de cuero dividida en dos partes: encimera y barriguera, ambas con argollas en los extremos y unidas por dos correones o látigos; después de la cincha —que tiene las estriberas, cuando éstas no salen de los bastos— sigue el cojinillo o pellón, luego el sobrepuesto o so-

♦ La tradición y el gaucho brepellón, y se ajusta todo con el cinchón, la sobrecincha o el “pegual”.

Conviene dejar aclarado que el fiador fue el antecesor del bozal; creado éste, aquél sólo subsistió a modo de recuerdo y en función puramente decorativa.

Entre el recado de los viejos tiempos y el de los actuales, poca diferencia capital podría establecerse, fuera de las dimensiones —el de hoy es más corto, ya que no se usa como cama—, y el reemplazo de las matras por el mandil de grueso fieltro, más cómodo y manuable en todo momento.

Veamos la descripción del apero que usó William Mac Cann, viajero inglés que nos visitó en 1845 y efectuó un largo viaje por nuestras llanuras:

“Los arreos y otros pertrechos necesarios para el viaje que me disponía a emprender, merecen ser descriptos.

“Las riendas son de cuero crudo trenzado, muy fuerte, y el freno de manufactura inglesa, aunque de modelo español. Mi apero estaba formado por las siguientes piezas: primero un cuero de oveja, que se coloca directamente sobre el lomo del caballo, y va cubierto por un cuero sin curtir, para defenderlo del agua; después, un cobertor espeso de lana, fabricado en Yorkshire, con largas borlas colgando de las esquinas; esta pieza se dobla cuidadosamente y va cubierta con una prenda de cuero, bastante amplia como para proteger todo lo demás de la humedad y la

♦ La tradición y el gaucho

lluvia; los bordes y extremos de este cuero tienen ribetes estampados primorosamente, con dibujos ornamentales. Todas esas piezas equivalen al simple mandil sobre el que se coloca la silla inglesa. Luego viene lo que puede llamarse el fuste de la silla —del cual están suspendidos los estribos—, fabricado de madera y cuero fuerte, formando como un asiento plano, aunque algo curvo para adaptarse al lomo del caballo. Todo este equipo se asegura con una cincha de cuero crudo, ancha de doce a catorce pulgadas. La silla va cubierta, para mayor comodidad y confort, y también para proveer de almohada al jinete durante la noche, con un cuero de oveja cuya lana se tiñe de púrpura brillante; sobre este cuero va un cobertor liso, semejante a esas alfombritas con flecos que adornan el piso en las salas de Inglaterra; encima del cobertor, una pieza de cuero delgado y muy blando, donde se sienta el jinete; todo se asegura, todavía, con una cincha de cuero, ornamentada”.

El cojinillo teñido de rojo tiene fácil explicación; en 1845 gobierna Rosas y el rojo es el color del distintivo federal, que nadie puede dejar de usar, bajo pena de ser tildado de unitario. De ahí que fuese tono frecuente en muchas y variadas prendas en aquel tiempo.

En lo que respecta a la “cincha de cuero, ornamentada”, no es otra cosa que la sobrecincha de que se hace mención más adelante.

Veintidós años después, en 1867, otro viajero inglés, Tomás J. Hutchinson, enumera así las prendas

♦ La tradición y el gaucho de un apero o recado nuestro: “1 - Caronilla. 2 - Primera jerga. 3 - Segunda jerga. 4 - Carona de vaca. 5 - Carona de suela. 6 - El verdadero recado (bastos o lomillo). 7 - La cincha. 8 - El cojinillo o pellón. 9 - El sobrepuesto. 10 - La sobrecincha”.

Lo que Hutchinson llama “caronilla”, es el “pele-ro” o “sudadera”; en cuanto a las “jergas”, son las matras, y la “sobrecincha” es la “soga” que desempeña idéntica función que el cinchón o el “pegual”.

Y con respecto al recado, podemos decir lo mismo que ya se dijo para la vestimenta: a las diferencias regionales se agregaban las establecidas por las tabarterías de las ciudades y pueblos, que ponían en circulación prendas concebidas y ejecutadas con criterio y procedimientos distintos a los del gaucho.

Tipos y costumbres de la pampa

EL ESTUDIO Y RECONOCIMIENTO de los tipos y las costumbres imperantes en la pampa o llanura del pasado no debe hacerse a través de lo que imaginamos, pues, como ya se ha dicho, el resultado sería poco serio y fruto caprichoso de la admiración o el desvío que nos animase.

La imaginación es una fuente de milagros, lo mismo en la simpatía que en los sentimientos opuestos y lleva, fácilmente, sea en una u otra dirección, más allá de los justos límites de la realidad.

Ameghino lo expresó con admirable claridad: “Muñiz y yo coincidimos muchas veces, porque ambos hemos estado personalmente en el sitio del delito y ambos hemos visto las cosas como son”.

¡Qué pensaríamos de un topógrafo que calculase la altura de una montaña o las longitudes de una llanura a simple ojo, sin emplear para nada los aparatos de precisión creados a ese efecto!

Nuestra tradición tuvo sus rasgos típicos, tal como tienen sus dimensiones invariables la montaña o

- ♦ La tradición y el gaucho

la llanura; esos rasgos, por suerte, no se han perdido, porque los modos populares, en particular los de las comunidades de menor cultura y otras que presentan conformaciones peculiares, despiertan siempre interés o curiosidad y no faltan hombres de su tiempo que los observan, los estudian y los registran en el libro, en el cuadro y en otras ramas del arte y la ciencia, donde quedan registrados como documentos fehacientes de algo que ya está fuera de nuestro alcance.

En el peor de los casos, estos antecedentes constituyen una fuente de información y comparación nada despreciable, ya que se inspiraron y produjeron en el propio ambiente y tiempo, y su modelo fue la realidad. Son pues, verdaderos ojos y oídos para los que hoy queremos adentrarnos en el conocimiento de gentes y modalidades ya desaparecidas.

Dibujantes y pintores nos han conservado las manifestaciones exteriores de la tradición criolla: los tipos, la vivienda, la vestimenta, los elementos de trabajo y el paisaje circundante, con sus caracteres más destacados los individuos, con su forma y color todo lo demás.

Que la técnica de esos artistas es, a veces, deficiente importa poco. Lo que debe pesar, es que ellos tenían delante de sus ojos una realidad que ya no existe para nosotros. No inventaban: reproducían lo que estaban viendo. Y es el caso de recordar aquella sextina, tan oportuna, de *Martín Fierro*:

*Mucho tiene que contar
el que tuvo que sufrir
y empezaré por pedir
no duden de cuanto digo,
pues debe creerse al testigo
si no pagan por mentir.*

Por eso, repasar y analizar los dibujos y pinturas de Vidal, Morel, Pellegrini, Holland, Brambila, Ruggendas, Monvoisin, Pallière y tantos otros, es como darse un paseo por el viejo campo argentino y ponerse en contacto con sus características exteriores más destacadas.

La literatura, con mayores recursos de expresión, nos ha guardado el cuerpo y el alma tradicionales, pues en ella la descripción y la acción física y espiritual se combinan y reconstruyen la vida en sus variados aspectos y con mayores detalles.

Nuestro pasado campesino tiene pintura y literatura exclusivamente dedicadas a él, y ambas constituyen el mejor y el más serio de los antecedentes para su estudio.

A esa literatura hemos recurrido, con frecuencia, para reforzar argumentos y rebatir juicios equivocados, y a la misma volveremos, ahora, porque para saber qué y cómo fue el gaucho; no es necesario inventar nada: basta y sobra con presentarlo accionando en su momento y su escenario.

Un inglés, don Roberto B. Cunninghame Graham, vivió años y años con los gauchos; compartió

♦ La tradición y el gaucho

con ellos la dura vida del desierto y sus vicisitudes; fue estanciero y su estancia —“Sauce chico”— fue asolada por un malón indio; conoció los fogones de la “cocina” a campo abierto y las galas gastronómicas del asado y el mate amargo, mano a mano con los hijos de la llanura: fue verdadero gaucho en el trabajo ganadero, en la lucha con el salvaje, en las boleadas de avestruces y gamas, en el amor al caballo; y fue este amor el que lo hizo escribir en la dedicatoria de uno de sus libros: “A Pampa, mi negro argentino, al que monté durante veinte años sin una sola caída. ¡Que la tierra te sea tan liviana como lo fueron tus pisadas sobre su faz! Adiós... o hasta muy pronto”.

De regreso en su tierra natal —Escocia—, publicó varios libros, dos de los cuales, *Los pingos* y *El Río de la Plata*, están inspirados en los recuerdos de aquella convivencia gauchesca, cuya rusticidad y reciedumbre fueran intensamente gozadas por él.

De esos libros, pues, he elegido algunos capítulos breves que reflejan, fielmente, los principales aspectos de la vida del gaucho.

1) Retrato del gaucho

“Los hombres eran, por lo general, altos, cenceños y nervudos, con no pequeña dosis de sangre india en sus prietos y musculosos cuerpos. Si las barbas eran ralas, en desquite el cabello, luciente y negro como ala de cuervo, les caía sobre los hombros, lacio, y abundante. Tenían la mirada penetrante y

♦ La tradición y el gaucho

parecía que contemplaban algo, más allá de su interlocutor, en horizontes lejanos, llenos de peligros, rondados por los indios, en donde a todo cristiano le incumbía mantenerse alerta, con la mano sobre las riendas. Centauros delante del Señor, torpes a pie como caimanes embarrancados, tenían, sin embargo, agilidad de relámpago cuando era necesario. Parcos en el hablar, capaces de pasar todo el día a caballo, uno al lado del otro, sin cruzar palabra, excepto alguna interjección como ‘ju’é pucha’, si el caballo tropezaba o se espantaba, porque una perdiz volaba de entre sus mismas patas.

“Tales eran los centauros de aquellos días, vestidos de poncho y chiripá. Calzaban botas de potro, hechos los talones del corvejón, dejando salir los dedos para agarrar el estribo, formado por un nudo de cuero”.

2) La pampa

“Siendo el gaucho un hombre de silencio, de suyo taciturno, su natural mudez semiindia crecía en aquel vasto océano, verde y sin ondas, en que se pasaba la vida.

“Paja y cielo, y cielo y paja, y más cielo y más paja todavía; el campo se extendía desde los pajonales en la margen occidental del Paraná, hasta los pedregosos llanos de Uspallata, a trescientas leguas de distancia.

“En todo ese océano de altas yerbas, verdes en la primavera, amarillentas después, y hacia el otoño

♦ La tradición y el gaucho

pardas como el cuero de un zapato viejo, los rasgos distintivos y característicos eran siempre los mismos.

“En todas partes soplaba un viento incesante, estremeciendo y rizando las yerbas ondulantes. Esmaltábanlas incontables puntas de ganado; en la cima de las lomas y en los declives de las cuchillas veíanse bandadas de avestruces —la alegría del desierto, según el decir de los gauchos— y grandes manadas de ciervos, de amarillo pálido, contemplando a los viajeros que, a lo lejos, pasaban al galope... Los jinetes se cruzaban, erguidos en sus ‘recaos’, por delante su tropilla de caballos y revoleando los rebenques por encima de sus cabezas.

“Al cruzarse, gritaban un saludo; si la distancia era demasiado grande, sacudían la mano, levantada en señal de reconocimiento, y se hundían en la llanura como barcos en el mar; primero desaparecía el caballo, luego el hombre, el poncho y, por último, el sombrero; parecía que las ondas de paja se los tragaran. De día, los jinetes mantenían los ojos fijos en el horizonte, y de noche en alguna estrella; si la oscuridad los tomaba en campo abierto, después de manear la yegua madrina, ataban el caballo a una soga larga; si no encontraban un tronco o un hueso a mano, hacían un nudo en el extremo de la soga, lo enterraban, pisándolo con los pies, y se acostaban encima.

“Fumaban uno o dos cigarrillos, miraban de cuando en cuando las estrellas y, al echarse a dor-

- ♦ La tradición y el gaucho

mir, tenían buen cuidado de poner la cabeza en la dirección del rumbo que habían de seguir, porque con las neblinas matinales era fácil errar el camino y perder la huella, deshaciendo lo andado. En aquel vasto océano verde, como el proverbio lo reza, ‘el que se pierde, perece’; ¡cuántas veces, campeando algún caballo perdido o robado, me sucedió dar con un montón de huesos, medio oculto entre unas ropas desgarradas!”

3) El rodeo

“En las grandes estancias de las llanuras, la vida se concentraba en un espacio amplio, escueto, de color parduzco, a veces hasta de un octavo de legua de ancho, llamado “el rodeo”, que en aquel océano de altas pajas parecía como un bajío en alta mar.

“Casi todas las mañanas del año se recogía el ganado y se le enseñaba a permanecer allí hasta que el rocío se levantaba... Se oían, a lo lejos, gritos indecisos, martilleo de galope y ladrar de perros, que iban aumentando en claridad y precisión al acercarse. Luego un tronar de innúmeros cascos y, poco a poco, del norte, del sur, del este y del oeste llegaban grandes puntas de ganado, a carrera tendida. Detrás de ellas, con los ponchos flotantes y blandiendo los cortos y gruesos rebenques, corría el gauchaje seguido de los perros. A medida que cada punta llegaba al rodeo, los jinetes contenían el galope de sus caballos cubiertos de espuma, para que el ganado, a su vez, anduviera más despacio y no provocara una desban-

♦ La tradición y el gaucho

dada entre los animales ya recogidos.

“Por fin, llegaba la ‘punta de la ñata’, o la del ‘buey palomino’, o aquella otra no del todo aquerenciada...

“—¡Jesús, qué punta, la trajimos a pura guasca!

“De esta suerte, se reunían cuatro, cinco o diez mil reses; los hombres que las habían traído de las lomas, de las cuchillas y las cañadas, de los espesos pajonales, de los montes y de los rincones de los ríos, después de aflojar la cincha, cabalgaban lentamente alrededor del ganado para mantenerlo en su lugar, a lo que llamaban ‘atajar el rodeo’.

“Los perros permanecían echados, acezando, con la lengua afuera; el sol empezaba a picar y, de vez en cuando, algún novillo o alguna vaquillona ágil, o hasta una pequeña ‘punta’, se salían, tratando de volverse a la querencia o de puro asustados.

“Dando un grito, el jinete más cercano se precipitaba de un salto, fogoso, con la cabellera al viento, tratando de pasar a los fugitivos y cortarles la marcha. . .

“—¡Vuelta ternero ! ... ¡Vuelta vaquita! —gritaban, corriendo al lado de los animales escapados. A eso de las cien varas —porque el ganado criollo corría como el relámpago— el jinete se acercaba más al animal fugitivo y poniéndosele delante, trataba de hacerlo volver. Obtenido esto, el gaucho contenía el caballo y, a galope corto, regresaba a unirse con sus compañeros.

♦ La tradición y el gaucho

“Si se trataba de un toro arisco o de alguna vaca muy rebelde, que se paraba y embestía, el gaucho corría a la par del animal, golpeándolo con el mango de su arreador. Si todo esto fallaba, como postrer recurso, el hombre emprendía carrera y golpeaba al animal, de costado, con todo el pecho de su caballo, haciéndolo caer pesadamente al suelo. Si con todo, se repetían las escapadas, los enlazaban, los echaban por tierra y les tajeaban un pedazo de piel encima de los dos ojos, de modo que, al caer, se los cubrieran, cegándolos e impidiendo todo conato de fuga.

“Tales eran las amenidades de la escena”.

4) Las Tres Marías

“Nada más típico de la vida de hace cuarenta años en las Pampas que el aspecto del gaucho vestido de poncho y chiripá, cogido el estribo en los dedos desnudos de los pies, retenidas las largas espuelas de hierro en su puesto con una correa de cuero, pendientes de los calcañales, el pelo encerrado en un pañuelo de seda rojo, chispeantes los ojos, el mango de plata del cuchillo saliendo por entre la faja y el tirador, cerca del codo derecho, sobre su pingo de crin tusada y cola larga, extendida al viento, haciendo girar ‘las Tres Marías’ por encima de la cabeza, y corriendo como un relámpago cerro abajo, a una inclinación tal que el jinete europeo la consideraría de riesgo mortal, empeñado en bolear, de entre una bandada, a un ‘ñandú’ que huye veloz como el viento.

♦ La tradición y el gaucho

“Soltaban las bolas con tanta facilidad como si las guiara la voluntad y no la mano, arrojándolas por el aire; las bolas giraban sesenta o setenta varas sobre su propio eje. Las sogas se pegaban al cuello de los avestruces, contrarrestando el ímpetu centrífugo, y luego caían al suelo y entrelazándose con violencia en las piernas, daban en tierra con el ave gigantesca, que se desplomaba de costado. En diez o doce brincos el cazador llegaba al lado de la presa, saltaba del caballo al suelo, con un chasquido de espuelas que sonaban como si fueran grillos de hierro; maneaba su caballo o, si le tenía confianza, soltaba no más las largas riendas, seguro de que, educado en la experiencia, el animal sabría que un pisotón dado en ellas era lo mismo que un tirón en la boca y permanecía tranquilo.

“Aquí el gaucho sacaba el facón y se lo clavaba al ave en la parte baja del pecho; otras veces, con unas boleadoras de repuesto, llevadas alrededor de su propia cintura o debajo del cojinillo del ‘recao’, le aplastaba el cráneo a la víctima de un bolazo; o de un solo revés del facón degollaba al avestruz, pero esto exigía un cuchillo muy pesado, de filo seguro y un brazo de fuerza excepcional para esgrimirlo.

“Más de una vez he visto a un gaucho, corriendo baguales o avestruces, en el momento de tirar las bolas, haciéndolas girar sobre su cabeza, hallarse con que su caballo caía a tierra, en una violenta rodada; y el jinete, tras una ‘parada’ magistral y sin perder el movimiento giratorio de las boleadoras,

♦ La tradición y el gaucho

bolear a su propio caballo en el momento en que éste se incorporaba, dispuesto a huir y dejar a su dueño a pie en el campo.

“¡A pie en el campo!... Esa era una frase de terror en las pampas del sur. El marino, en bote diminuto en pleno océano, no está en peor condición del que, por una u otra causa, se encuentra a pie, sin caballo, abandonado en aquel inmenso mar de yerba. Libre antes como un pájaro, ahora es tan desvalido como ese mismo pájaro con el ala rota por la bala de un cazador”.

5) La casa y la comida

“El palenque deslinda los límites del hogar; más allá de él, tanto la etiqueta como la prudencia, mandaban al extraño no pasar sin un ceremonioso ‘Ave María Purísima’, contestado con un ‘Sin pecado concebida’; a esto seguía la invitación a apearse y atar el ‘montao’; luego, ahuyentados los perros, que mantenían al forastero como a un barco rodeado por la tempestad, ya a caballo, ya al lado de su flete, el dueño de casa la franqueaba a su huésped. ... En el techo había clavadas estacas de ñandubay o cuernos de venado, de los que colgaban los ‘muebles’, es decir, las riendas, cabezadas, boleadoras, lazos y demás enseres de que se complacía el orgullo del gaucho. Los asientos eran cabezas de buey o bancos bajos, de madera dura, casi siempre de chañar o ñandubay, puestos sobre el suelo de barro reseco, pisado y vidriado con boñiga. El humo se alzaba en espirales del fogón, encendido sobre el suelo mismo, en el

♦ La tradición y el gaucho

propio centro de la estancia, sobre una o dos piedras o, en raras ocasiones, encerrado dentro del arco de una llanta de rueda desvencijada. Las vigas, el techo pajizo y las delgadas tiras de cuero, que servían de clavos, estaban negras y brillantadas por el humo que llenaba la casa. ... El mate circulaba hasta que la yerba perdía su sabor, que era áspero, amargo y acre, y que, en el campo, nunca se tomaba con azúcar, sino cimarrón”.

“Fuera, en el palenque, todo el santo día, un caballo ensillado pestañeaba al rayo del sol, dejando colgar la cabeza, como si estuviera medio muerto.

“La gente se alimentaba exclusivamente con carne, ‘carnero no es carne’, solían decir, lo que da la medida del progreso en aquellos lugares. Mate y carne, y carne y mate, y de vez en cuando un saco de redondas galletas, tan duras como las piedras...; puchero y asado, hecho este último al fuego vivo, en un asador, que era el único utensilio culinario, fuera de una olla de hierro y de una caldera o pava de estaño que nunca faltaban en los ranchos de las pampas. El asado lo comíamos con nuestros cuchillos, cortando un gran trozo, teniendo cuidado de no tocar el centro de la posta; luego mordíamos la presa entre los dientes y cortábamos cada bocado a raíz de los labios, con cuchillos de doce pulgadas. El puchero consistía en carne cocida, por regla general, porque si teníamos una mazorca o dos de maíz, una cebolla o una col para condimentarlo, eso ya era un festín. Luego nos restregábamos los dedos en las botas y limpiá-

♦ La tradición y el gaucho

bamos los cuchillos clavándolos en el techo pajizo, hecho generalmente de cañas o de paja brava, que era el nombre dado en el país a la yerba pampera”.

II

Al dejar estas tierras, el autor de los capítulos que anteceden y que tan bien reflejan las costumbres gauchas, se despidió con estas sentidas palabras: “Me separo de los gauchos con el dolor natural de quien, habiendo pasado entre ellos su juventud, aprendido a tirar el lazo y las boleadoras, a montar su caballo de un salto, a resistir los rigores del calor y frío en aquellas llanuras solitarias, tiende los cansados ojos sobre el turbio espejo de los tiempos que fueron”.

Ocasionalmente, don Roberto volvió durante la guerra del 14 y se ocupó de comprar caballos para los aliados; luego ya no regresó a la República Argentina hasta 1936.

¡Fue la añoranza de nuestras llanuras —aquéllas de sus mocedades—, con sus interminables pajonales poblados de “bichos”, con sus hombres rústicos, pero nobles en la amistad, con sus humildes ranchos, de calientes y generosos fogones, con sus pingos guapísimos, con sus ganados bravíos, con sus

♦ La tradición y el gaucho

mil peligros rondando desde todos los rumbos, la que lo movió a retomar, cuando ya sentía la proximidad del alto definitivo en el camino de la vida!

Debió ser así. El había dicho, antes, en una carta: “No permita Dios que vaya yo a un cielo donde no haya caballos”.

Y su deseo se vio cumplido; murió en Buenos Aires, a poco de llegar...

Seguramente, en el instante supremo, con el hondo fatalismo que la convivencia campesina tenía que haberle metido en la sangre, se haya dicho: “Hemos llegado. Hay que desensillar”.

En Trapalanda —el “más allá”—, donde ahora galopa otra vez a la par de los gauchos que fueron sus amigos y compañeros de aventuras, es probable que don Roberto sonría y piense que no ha sido desgracia el morir bajo este cielo, porque es de creer que ningún cielo del mundo podrá tener tantos caballos —lo que él deseaba—, como el cielo de nuestra pampa.

Historia de la agricultura

LA AGRICULTURA Y LA GANADERÍA, con sus múltiples industrias derivadas, constituyen actualmente la base de la potencialidad económica de la República Argentina.

Sin embargo, en sus orígenes, en tiempos de la Colonia y aún después, ambas hubieron de luchar por su predominio, venciendo circunstancialmente la segunda. Pero ese triunfo de la ganadería sobre la agricultura tiene fácil explicación: los campos abiertos a todos los rumbos y la gran cantidad de animales salvajes o cimarrones, y aun los domésticos, constituían un inconveniente casi insalvable para el cultivo de cereales y hortalizas.

Guillermo Enrique Hudson, el magnífico cronista que además de nacer en ella, vivió y gozó la pampa del siglo pasado, nos explica, con plausible acierto, la razón de ese predominio de la ganadería sobre la agricultura, aunque ésta sea tanto o más necesaria que la otra para la alimentación de una comunidad civilizada: “Los primeros pobladores que levantaron sus hogares en el gran espacio libre llamado ‘las pampas’ —dice— procedían de pueblos en que la

♦ La tradición y el gaucho

gente acostumbraba a sentarse a la sombra de los árboles o suponían necesario el grano, el aceite, el vino, y cuidaban siempre las verduras en la huerta. Naturalmente, con tal criterio y tales hábitos, hicieron quintas y plantaron árboles, tanto para sombra como para recolectar su fruta, en todos los lugares donde construían una casa. Sin duda, durante dos o tres generaciones, trataron de vivir como la gente vive en los distritos rurales de España. Luego, su principal negocio trocóse en criar ganado, y como éste vagaba a su antojo en la vasta planicie y era más salvaje que doméstico, los habitantes del campo se pasaban la vida sobre el caballo, para juntar, atender o elegir el ganado vacuno y el ovino. No pudieron, en consecuencia, seguir por más tiempo arando la tierra o protegiendo sus sembrados para librarlos de los insectos y pájaros, y de sus propios animales. Desistieron de su aceite, del vino y del pan. Vivieron de carne solamente. Se sentaban a la sombra de los árboles que plantaron sus padres o sus abuelos, hasta que esos árboles morían de viejos o perecían destruidos por el ganado, no quedando más sombra ni fruta”.

“Así —termina Hudson— los primeros pobladores de las pampas se transformaron de agricultores en ganaderos, exclusivamente, y en cazadores, sumiéndose cada vez más en una vida ruda y salvaje”.

Tales fueron, en verdad, los primeros entretelones del asunto; pero antes del renunciamento, agricultores y ganaderos entraron en pugna para defender cada uno sus derechos; los pleitos entre unos y

♦ La tradición y el gaucho

otros se hicieron tan frecuentes y con derivaciones de tanta gravedad, que los Cabildos tuvieron que intervenir y dictar disposiciones al respecto, prohibiendo terminantemente la siembra de cereales fuera de las “tierras de pan llevar”, las antiguas “chácaras” quechuas, de las que se derivó el nombre de chacra, usado en nuestros días para determinar el predio destinado a la agricultura, como se usó el de estancia para el de las actividades ganaderas.

De ahí que al fundar una población, los conquistadores, una vez delimitados los solares urbanos, delimitasen también las dichas “tierras de pan llevar” para el cultivo de los cereales, verduras, hortalizas y frutas, productos tan importantes como la carne en las ciudades y pueblos, cuyos habitantes estaban hechos a las costumbres civilizadas y al halago del paladar, con métodos alimenticios complementarios de todas las necesidades del organismo humano.

En 1526, en las proximidades del fuerte Sancti Spiritu —fundado por Gaboto, y donde se originó la famosa leyenda de Lucía Miranda— se hizo la primera siembra de trigo que recuerda la historia. Y a partir de ese momento, cada expedición era, al mismo tiempo que conquistadora, colonizadora; fundado un pueblo, los soldados abandonaban momentáneamente las armas que los defendían de los indios y de las fieras, y se entregaban a las labores agrícolas que habían de asegurarles el futuro sustento. Y lo mismo que el trigo, vinieron el centeno, la cebada, el arroz, la avena, el lino, la caña de azúcar, la vid y

♦ La tradición y el gaucho

gran cantidad de frutales que encontraron tierra y clima apropiados para su reproducción.

Ya en 1541, decía don Domingo Martínez de Irala: “Han de sembrar desde principio de setiembre hasta fin de él, si fuese maíz, e si fuese trigo e hortalizas, pueden sembrarlos en el mes de mayo, junio o julio; la tierra que tiene montes es mejor para los maíces”.

Doña Isabel de Guevara, una de las primeras mujeres españolas de la conquista, cuenta en una exposición de méritos hecha ante la Corona: “Fue necesario que las mujeres volviesen de nuevo a sus trabajos, haciendo rozas con sus propias manos, rozando y carpiendo y sembrando y recogiendo el bastimento, sin ayuda de nadie, hasta tanto que los soldados guarecieron de sus flaquezas”. Esto ocurría en los principios de La Asunción.

Y para la misma época y lugar, entre los muchos que aducen sus trabajos y piden recompensa de tierras e indios, se encuentra un Domingo Martínez — que nada tiene que ver con el gobernador de la ciudad paraguaya— que menciona haber hecho, entre otras muchas obras de artesanía, “una rueda de madera, grande y muy pesada, para moler la caña”, porque se han plantado “cañas dulces para azúcar” y no había “en qué exprimir para que aprovechase”.

¿Quiere decir esto que en las regiones de América no había agricultura antes de la conquista? No, nada de eso. El Nuevo Mundo tenía sus productos autóctonos y bastará una simple enunciación para

- ♦ La tradición y el gaucho

dar idea de su importancia: caucho, algodón, cacao, tabaco, tomate, variedad de porotos, ananás, banana, maní. Y, además, la papa y el maíz, adoptados hoy por la casi totalidad de los pueblos del universo en reconocimiento de sus propiedades alimenticias.

El maíz, al que un cronista llamara “trigo turco” en los primeros tiempos de la conquista, era cultivado por los quichuas en grande escala, pues constituía el alimento básico de aquellos aborígenes; y tanto es así, que a la época incaica se la ha denominado “civilización del maíz”. Y lo mismo ocurría con la papa o patata, la que se conservaba todo el año, convirtiéndola en “chuño” por un procedimiento parecido al que se usaba para secar la carne, la “chalona” o charqui de famosa memoria, e indiscutible utilidad en aquellos tiempos.

En 1573, don Jerónimo Luis de Cabrera, en su exploración de la región serrana de Córdoba, donde funda la ciudad de este nombre, dice que sus indios “son grandes labradores, que en ningún año hay agua o tierra bañada que no la siembren, por gozar de las sementeras de todos los tiempos”. Unos años más tarde (1591), fray Reginaldo de Lizárraga se refiere a Mendoza y San Juan, “donde se dan todos los frutos nuestros, árboles y viñas, y sacan muy buen vino que llevan a Tucumán o de allá se vienen a comprar”. Y a su paso por Santiago del Estero, insiste: “provincia abundante de trigo, maíz y algodón cuando no se les yela; siémbrenlo como cosa importante; es la riqueza de la tierra..., el pan es el mejor del mundo”.

♦ La tradición y el gaucho

Pero con los conquistadores vinieron también los ganados que, al reproducirse y volverse salvajes, modificaron las condiciones del campo argentino y las costumbres de los hombres, según lo hace notar Hudson. La llanura, la pampa, tuvo que prescindir del trigo y el maíz; el chacarero se transformó en ganadero, en gaucho a la fuerza; y el gaucho vivía de carne solamente; los vegetales, de cualquier especie que fuesen, eran “pasto” para él; la carne sí era “alimento de hombres”. Y estas dos ironías, de antiguo origen y despreciativo espíritu, retratan fielmente el divorcio psicológico de la ciudad y el campo, divorcio que aun suele manifestarse en muchas oportunidades y en variada gama de aspectos sociales.

Pero el hombre de las zonas andinas y del noroeste, al que no alcanzaba la riqueza ganadera de la llanura, se vio obligado, por urgencias del vivir, a seguir siendo agricultor; el trigo y el maíz fueron la base de su alimentación diaria; el locro, la mazamorra y el mote reemplazaron allí al jugoso y succulento churrasco o asado del pampeano; los “caldos” –vinos y aguardientes– y las frutas desecadas se constituyeron en industrias vitales. La piedra montañesa permitió hacer largas “pircas” o paredes, especie de cercos, y fomentó la agricultura en sus diversas formas de hierbas, arbustos y árboles.

Es así como el medio geográfico obra sobre los individuos y los obliga a someterse a sus leyes. Sólo cuando lo alcanza el progreso, con sus recursos de toda índole, puede el hombre modificar esas leyes,

- ♦ La tradición y el gaucho

tal como ocurrió en la pampa una vez que el alambrado alzó límites que los animales no pudieron violar.

En el siglo XVI, y durante muchos años, Córdoba proveyó a Buenos Aires y sus zonas adyacentes de trigo y harina en cantidad sobrada para sus necesidades; pero, poco a poco, el diezmo o derecho que debía pagarse a la Iglesia, los derechos o aranceles de la Corona, la prohibición de exportar las harinas, y los métodos primitivos que tenían que usar, desanimaron a los labradores y se produjo una gran escasez de cereales, principalmente de trigo, tan necesario para el pan de que no podía prescindir la gente ciudadana. Esta escasez llegó a tal punto en ciertos momentos que, en 1777, se hizo imprescindible importar de Chile 20.000 quintales de harina.

Fue entonces cuando Vértiz, el virrey de las grandes iniciativas, ordenó que se demarcasen nuevas zonas destinadas a la agricultura y dispuso medidas verdaderamente compulsivas para proveer de brazos a esa industria; ordenó, por bando, “en virtud de que los labradores no encontraban peones, que cesaran las obras de la ciudad y las gentes se ocuparan en las chacras, lo mismo que los indios, los mulatos y los negros libres, bajo pena de cien azotes” al que no lo hiciera.

La disposición alcanzaba, también, a los ganaderos, quienes se vieron obligados a vigilar sus ganados, para que no invadieran las sementeras. El franco apoyo de las autoridades, acuciadas por la angus-

♦ La tradición y el gaucho

tía del momento, dio lugar a que las labores agrícolas se reiniciaran, aunque no se logró poner término a la enconada lucha entre ganaderos y agricultores. Y en la llanura, la estancia siguió primando sobre la chacra.

En el período prerrevolucionario, y luego de éste, la agricultura tuvo en don Manuel Belgrano su mejor propagandista, secundado entusiastamente por Hipólito Vieytes, Altolaquirre y otros patriotas. Pero hubo de ser Juan Manuel de Rosas —el de la larga tiranía que terminó en Caseros— el primero que sembrara trigo en grandes extensiones, a la manera europea, comprobando con sus resultados lo que ya se sabía bien: que las tierras de estas regiones eran tanto o más fértiles que las de cualquier parte del mundo.

Después, en el último tercio del siglo pasado, comenzó a afluir la inmigración chacarera, esa inmigración que ha hecho de la República Argentina uno de los graneros de la humanidad. ¡Ah, gringos lindos y guapos! Ni el trabajo áspero, ni la soledad, ni las privaciones, ni los peligros de la indiada y las fieras lograron acobardarlos. Con ellos, la llanura, la pampa, vio desaparecer los pajonales que la cubrían, desplazados poco a poco por una generosa alfombra de cereales, esos cereales que hoy constituyen una de nuestras mayores riquezas.

Y con un gringo —“gringo” más que un despectivo fue en el antiguo campo argentino sinónimo de extranjero—, con un inglés, Richard Arthur Sey-

♦ La tradición y el gaucho
mour, cuyo nombre recordamos en homenaje a su
instinto progresista, llegó a nuestro país, allá por
1867, el primer arado a vapor que iba a roturar las
vírgenes tierras de Frayle Muerto, antiguo fortín en
los llanos cordobeses, y hoy convertido en la flore-
ciente ciudad llamada Bell Ville.

Si la conquista del desierto fue abundantemente
regada con sangre gaucha, la conquista de la agri-
cultura tuvo también su riego de sangre gringa. Co-
mo el gaucho, aunque su horizonte y su estímulo
fuesen de muy distinto valor espiritual y material,
el gringo corrió valientemente su aventura y supo
pagarle su tributo cada vez que las circunstancias se
lo exigieron.

¡Ah!, si las margaritas del campo argentino, ésas
de pétalos cuyo color es igual al de la sangre, habla-
sen, es muy posible que entre las muchas voces her-
manas de la nuestra, se oyesen otras, de marcado
acento extranjero, reclamando un recuerdo que su-
pieron merecer con toda justicia.

Tal es a grandes rasgos la historia de un proceso,
simple en apariencia, pero que necesitó tres siglos
para convertirse en realidad.

En “tierra adentro”, con los indios

HASTA 1875, MÁS O MENOS, una gran parte de la región antiguamente conocida como el nombre de “pampa” estuvo bajo el dominio del indio, el “auca” o araucano errante —nativo de Arauco y sus adyacencias, en Chile— al que se denominaba “picunche” o del norte, “puelche” o del este, “tehuelche” o del sud y “pehuenche” o del oeste; “che”, vocablo del idioma hablado por aquella raza, significa “gente”, y se completa con la determinación de los correspondientes puntos cardinales, con excepción de “pehuenches” que, literalmente, dice “gente de los pinares”, pero que señalaba el lugar, pues las araucarias —pinos— son propias de la cordillera patagónica, o sea del oeste. A gran parte de estos indios se los agrupaba, popularmente, en un genérico único: “pampas”, individualizándolos así en razón del territorio que ocupaban. Sin embargo, es más exacto dividirlos en dos grandes e importantes parcialidades: la de los “pampas” propiamente dichos, en sus últimos tiempos al mando del cacique Calfucurá —“Piedra Azul”—, con asiento en las Salinas Grandes, que se jactaba de levantar miles de lanzas o guerreros, y la de los

♦ La tradición y el gaucho

“ranqueles”, cuyas tolderías quedaban al noroeste del territorio llamado después “La Pampa”, en las lindes con las provincias de Córdoba y San Luis.

Los “ranqueles” —que quiere decir “de los carrizales” por ser la cortadera, espadaña o “carrizo” la planta típica de la región por ellos ocupada— conservaban mayor pureza de sangre e idioma, pues los “pampas”, especialmente los “puelches”, se habían mezclado con los guaraníes, algunas de cuyas tribus más rebeldes, para escapar al dominio del blanco conquistador, se desplazaron de su zona de origen en el nordeste, dirigiéndose a las llanuras costaneras del sur.

El indio, bravo e indómito por naturaleza, se hizo más fuerte con el uso del caballo; asegurado su alimento, en forma permanente, por los animales cimarrones que abundaban en la pampa, sentó sus reales en ella, se adueñó de la tierra; y así, la lucha iniciada desde los primeros días de la conquista, se convirtió en problema vivo, problema cuya solución pudo lograrse tres siglos más tarde y con enorme desgaste de vidas y dinero.

Ulrico Schmidl nos ha contado, en toda su crudeza, el origen de las primeras divergencias entre cristianos y salvajes; don Juan de Garay, luego de fundar Santa Fe y de repoblar Buenos Aires, mantuvo a los indios comarcanos en aparente tranquilidad, aunque cayó él mismo víctima de su excesiva confianza; en 1626, el gobernador don Francisco de Céspedes buscó de atraerlos con dádivas y buen trato,

♦ La tradición y el gaucho

porque, como decía con justa razón, “si los aprietan, se levantan y están mal seguros los caminos”; otro tanto hizo el gobernador don Andrés de Robles y fue el que obtuvo los mayores éxitos en su gestión; pero el indio, siempre prevenido el ánimo contra el blanco, a veces con razón, otras sin ella, aprovechaba la menor diferencia para rebelarse, más bravo cada vez.

“Forman los indios” —escribe el virrey Vértiz— “unos cuerpos errantes, sin población ni más caserío que unos toldos de cuero, mal contruidos; carecen de todos los bienes de fortuna; no hacen sementeras; no aprecian las comodidades. Se alimentan de yeguas y otros animales distintos de los que usamos nosotros. No necesitan de fuego para sus comidas. No llevan equipaje ni provisiones para sus marchas. Residen en las sierras y otros parajes incultos. Transitan por caminos pantanosos, estériles y áridos, su robustez creada en las inclemencias, resiste hasta el punto que nosotros no podemos principiar”.

Don Pedro de Cevallos preparó un vasto plan para terminar con la amenaza del indio por la fuerza de las armas; pero su reemplazo en el gobierno dejó en la nada sus propósitos. Este plan, en líneas generales, era muy similar al que un siglo después pusiera en ejecución el general Roca y que culminó con la definitiva conquista del desierto.

En el transcurso de este siglo, muchas tentativas se hicieron para el sometimiento de las tribus; de todas ellas, las más eficaces fueron las realizadas por Rosas, unas veces por la fuerza, al frente de tropas

♦ La tradición y el gaucho

numerosas, y especialmente adiestradas para esa clase de luchas, otras por medio de convenios de paz, paz que debía ser pagada a buen precio, precio que surge claro del presupuesto presentado a la Legislatura para el año 1830, y que totaliza 1.902.000 pesos, de los cuales dos rubros, el de la yerba y el tabaco solamente, insumen 670.000 y 378.000 pesos, lo que demuestra que los indios eran buenos mates y fumadores. Lo demás se destinaba a vestuario, vino, aguardiente, azúcar, pasas, maíz, sal y regalos varios.

Pero ni la fuerza, ni la tolerancia dadivosa, una y otra desconectadas siempre de un sistema regular que crease hábitos de trabajo en el indio, que lo formaran como hombre útil enseñándole a ganarse la vida, lograron aquietar del todo a las diversas tribus, que se sometían a la imposición de la fuerza o aceptaban los beneficios pingües, pero sólo momentáneamente, pues pronto resurgían los instintos ancestrales y su animosidad contra el blanco, el cristiano o el “huinca”. Su grito de combate era: “¡Matando Huinca!” Y a fe que sabían darle cumplimiento crecido.

La zona ocupada por los salvajes mencionados era llamada “tierra adentro” o “el desierto”, y su límite con la civilización lo marcaba, a mediados del siglo pasado, una línea de fortines —buenos unos pocos, míseros los demás— que se extendía desde Fraile Muerto, hoy Bell Ville, en Córdoba, hasta Bahía Blanca, pasando por el corazón mismo de la actual provincia de Buenos Aires. Y estos fortines

♦ La tradición y el gaucho

son los que dieron origen a pueblos y ciudades cada vez más florecientes: Chascomús, Ranchos, Monte, Luján, Mercedes, Magdalena, Areco, Salto, Río Cuarto, Guaminí, Carhué, Azul, Tres Arroyos, etc., etc.

Esa era “la frontera”, frontera sumamente vulnerable, ya que los “malones”, ataques sorpresivos a las poblaciones cristianas, llegaban con aterradora frecuencia a Mercedes, Chascomús, Luján, Magdalena y, en alguna ocasión, amenazaron a la propia ciudad de Buenos Aires.

Sabemos demasiado bien lo que significaba un “malón”, un “insulto”, según decían los españoles, incendios, destrucción inútil, arreo de haciendas, cautiverio de mujeres y niños... El temporal más desatado, la sequía, la peste, resultaban leves tragedias comparadas con aquellas de los “malones”.

La comunidad racial contribuía a unir a las distintas tribus en la sangrienta lucha contra los cristianos, sus enemigos declarados de todos los tiempos.

Para dar una idea de lo que fueron estas luchas, basta recordar que, en 1855, un fuerte ejército de línea, al mando del entonces coronel don Bartolomé Mitre, fue deshecho en Sierra Chica; meses después el general Hornos, la más alta expresión del valor personal y la audacia gaucha, sufrió igual suerte al frente de tres mil hombres, y el Azul, avanzada del progreso, fue tomado a sangre y fuego por los salvajes.

♦ La tradición y el gaucho

Muchas páginas podrían escribirse sobre el martirologio de nuestra campaña en el siglo pasado. ¡Cuántos actos de valor militar y civil! Heroicos los soldados y más heroicos aún los pobladores que, apenas desaparecido el feroz invasor, reconstruían sus casas sobre los restos humeantes de las anteriores, y empezaban, con ánimo renovado por la rabia y el dolor, el trabajo de las chacras, de las estancias, del comercio.

Cada pueblo, cada establecimiento, resurgía de sus propias cenizas, como el Ave Fénix de la leyenda, una vez, y otra y otra, para elaborar la grandeza de la patria. En ese afán constructivo, contragolpe del desastre, casi no quedaba tiempo para llorar a los muertos, para lamentar el miserable destino de los cautivos. Era el valor de la desesperación, porque también el dolor es escuela que rinde sus beneficios bajo el riego de secretas lágrimas.

Pero no es mi propósito hacer la historia de esos tiempos. Quiero, sí, destacar que es mucho lo que ignoramos con respecto al indio, ese indio que las sucesivas campañas del desierto aniquilaron casi totalmente.

En un principio, los aborígenes fueron amigos de los cristianos, pero la injusticia, el sojuzgamiento, la esclavitud los convirtieron en enemigos constantes y temibles. Eran una fuerza bruta. Una política de conciliación, un mayor respeto por sus derechos — porque los tenían— y una educación adecuada, ¿no

♦ La tradición y el gaucho

habrían podido transformarla en fuerza útil y de beneficio para el país? Recordemos el clima de las Misiones jesuíticas y la adaptación de los indios, sus condiciones de hombres de trabajo y hasta de artistas, muchas veces. ¡Y eso que ninguna de las Misiones pecaba por exceso de ecuanimidad o generosidad, ya que todas estaban animadas, más que de otra cosa, de un espíritu fuertemente comercial, según lo demuestran las crónicas de su época!

En cuanto a la sensibilidad y discernimiento de los salvajes, remitámonos al interrogatorio hecho por el coronel Mansilla a un indio ranquel:

—¿Qué te gusta más, una china —india— o una cristiana?

—Una cristiana, pues.

—¿Y por qué?

—Ese cristiana más blanco, más alto, más pelo fino. ¡Ese cristiana más lindo!

¿Eran salvajes? ¡Sí! Pero no olvidemos que Cipriano Catriel, cacique ranquelino y “maloquero” feroz en un tiempo, fue después auxiliar constante y fiel del gobierno; vivía en Dolores, donde tenía casa propia, cuenta en el banco, vestía uniforme militar y andaba en coche, a lo gran señor. Era un indio civilizado, como pudieron serlo los demás si se hubiera encarado inteligentemente el problema de arrancarlos a la vida salvaje. Y Catriel murió a mano de sus propios hermanos, ante su negativa de traicionar a sus aliados.

- ♦ La tradición y el gaucho

Calfucurá, el “rey de la pampa”, porque —según sus palabras— a él lo había echado Dios al mundo “como principal de los caciques” y “las cosas permanecerían como estaban hasta su muerte”, tenía secretario para la redacción de su correspondencia, poseía y consultaba un diccionario de la Lengua, y usaba un sello de bronce con la siguiente inscripción : “General Juan Calfucurá — Salinas Grandes”, y un escudo central formado por tres flechas y un sable atados con unas boleadoras, sello que se vio muchas veces en notas dirigidas ya al comando de fronteras, ya al propio gobierno de la Nación, durante las repetidas gestiones de paz que por una parte y otra se hicieron, o para reclamar por incumplimiento de tratados.

Veamos ahora, como una curiosidad, algunos capítulos de cartas firmadas por Manuel y Bernardo Namuncurá, hijos de aquél, y cuya redacción y ortografía respeto:

“Al Ecsc.lm° Señor Ministro de la Guerra y Marina

Dr. Don Adolfo Alsina.

Ecscslm° Señor: Hemos llegado a tomar la disposición de mandar nuestras comiciones hante el Exscslm° Señor Gobierno de la Nación afín de dar la definición a los arreglos de paz y firmar los tratados cumplidamente; por lo cual se le remite a V.E. las vases firmadas a nombre de todos los Caciques que representamos el cargo de Gobierno de dichas tribus; en virtud de los tratados que celebramos con lealtad

- ♦ La tradición y el gaucho

por medio de las Comisiones que mandamos esperamos que se nos atienda debidamente y senos cumpla en todo el contenido de las vases; en ellas se verá la buena idea que nos lleva para el bienestar de nuestras tribus y la tranquilidad délos pobladores ques como si dijéramos el bien estar de todo el mundo”.

“Al Ecsslem° Señor Presidente de la República Argentina :

Ecsslm° Señor:

Hemos areglado felis mente con el Ecsslem° Gobierno de la Nación nuestros tratados, queson una garantía para la tranquilidad de nuestras familias.

... Es justicia que reclamamos y senos pasen Cuatro mil animales de racionamiento trimestral, para distribuir alas tribus délas tres personas representantes del Cargo de Gobierno y una asignación de sueldo alas tres personas Grals y a los Cacique, Caciquillos y Capitanejos que rebistan por lista cuya norma se adjunta en el presente; cuatro uniformes Grals. quese piden con cuatro vanderas, cuatro cornetas y cuatro espadas y cuatro monturas con prendas de plata y chapas de horo y cuatro cojinillos pa. lucir en cuatro caballos para cuatro personas Grals, una cantidad de artículos de comestibles y vevidas y más vicios, un vestuario para cada Casique y casi- quillo y capitanejo que contiene la lista adjunta y otros más regalos que se piden para la familia de los Casiques Grals, de las tres personas que representa-

- ♦ La tradición y el gaucho

mos el cargo de Gob^o de estas tribus; cuyos casiques reclamamos la valuhacion de los campos que se nos tomaron ... por la cantidad de doscientos millones de pesos moneda corriente ...”

Otra curiosidad: en momentos en que Calfucurá prepara una nota dirigida al gobierno, uno de sus hijos se acerca al toldo; entonces, el cacique interrumpe el asunto que lo ocupa y dicta: “que se me manden zapatos para el príncipe heredero, que anda descalzo y esto no puede ser”. Del mismo modo, Manuel Namuncurá, que es “el príncipe heredero”, pedirá después “botas con taco Luis XV” para su señora, y encargará al pulpero Sananini, su proveedor desde Bahía Blanca, “una galera de felpa y dos ponchos ingleses finos”.

Las exigencias de los hijos de Calfucurá tienen carácter hereditario; es fácil deducirlo, ateniéndonos a una de las listas de pedidos del “rey de las pampas”, que se conserva en el Archivo del Ministerio de Guerra y que dice así: “Hágame el favor de darle al cacique Antelef mil pesos, porque es un pobre. Que se junten los ricos de ese pueblo y los pulperos y que hagan una suscripción. Además: un recado completo, un poncho de paño, un sombrero de paja, fino, un par de botas, dos chiripas, dos mudas de ropa blanca, dos arrobas de yerba, dos de azúcar, una espada, una pieza de bramante, un rollo de tabaco bueno, dos pañuelos de seda, cuatro cuchillos, etc., etc.” Y el “etcétera” es largo de verdad.

♦ La tradición y el gaucho

Años más tarde, un nieto de Calfucurá brillaría por el despejo de su cerebro y su amor a la religión; quiso ordenarse en las milicias de Dios, pero la fortaleza de sus antepasados no estaba en su cuerpo; murió en Roma, poco antes de ordenarse, resignado y lleno de devoción cristiana. Un monumento levantado en Neuquén, en el predio que fuera el último refugio de sus padres ya sometidos, recuerda la memoria de aquel araucanito argentino que demostró que los indios también eran seres humanos y capaces de mejorar y superarse por la educación.

Lucio V. Mansilla, el coronel “toro”, que allá por 1870 se animó a visitar a los ranqueles en sus propios toldos, nos ha dejado interesantes datos sobre éstos y sus costumbres, especialmente con respecto a las “pilchas” usadas. Refiriéndose a Mariano Rosas, jefe de la tribu, dice: “Viste como un gaucho bien puesto, pero sin lujo: camiseta de Crimea, pañuelo de seda al cuello, chiripá de poncho inglés, calzoncillo con flecos, bota de becerro, tirador con rastra de sólo cuatro botones, y sombrero fino de castor con ancha cinta colorada”.

La cinta colorada se explica: Mariano Rosas había estado preso en Palermo y era ahijado de don Juan Manuel de Rosas; de ahí el distintivo federal.

En cuanto a los indios subalternos, he aquí una cita oportuna: “Presentóse, por fin, Caniupán, con unos cuarenta indios vestidos de parada, es decir, montando briosos corceles, enjaezados con todo el lujo pampeano, con grandes testeras, coleras, preta-

♦ La tradición y el gaucho

les, estribos y cabezadas de plata, todo ello de gusto chileno. Los jinetes se habían puesto sus mejores ponchos y sombreros, llevando algunos bota fuerte, otros de potro y muchos la espuela sobre el pie pelado”.

No olvidemos, por otra parte, que el poncho y el chiripá, las boleadoras y el lazo, de acuerdo con sus antecedentes, son en apariencia del más puro origen indio.

Surge de lo que hemos visto, sea de las notas con abundancia de peticiones —disparatadas a veces—, sea de las observaciones del audaz coronel, que los indios tienen marcada predilección por las “pilchas”, tanto de la vestimenta como del apero. Y que también le gustan las otras regalías de la vida civilizada...

El salvaje va al combate con un sumario chiripá. Pero en las tolдерías, siempre que puede, viste como los cristianos, a los que asalta y roba para eso: para tener lo que ellos tienen, para igualarse a ellos.

También nuestros gauchos, en la época de la “montonera”, solían desnudarse el torso antes de la pelea, porque, según decían, “el cuero sana, pero la ropa no”.

Años más tarde, la campaña del desierto, dirigida por el general Roca, corrió un telón definitivo en el escenario del indio. Los malones y sus actores pasaron a ser cosa del recuerdo, de un amargo recuerdo.

- ♦ La tradición y el gaucho

Y detrás del indio se fue, a su vez, el gaucho. Indio y gaucho cruzaron la ancha tierra argentina a modo de ríos de grávido cauce; eran dos fuerzas primitivas, de extraordinario vigor; pero, desaprovechadas por el ingenio humano de su momento, se perdieron, como se pierde el limo, que pudo ser fecundo, cuando los ríos, sin límites de contención, obedecen a las leyes naturales y van a volcar sus aguas en la inmensidad de los mares.

Era el fin de una época.

II

Allá por 1920, fui director de escuela en el Chubut, en una colonia de indios araucanos, resto de aquellas tribus que supieran ser el terror de las pampas.

Conviviendo con ellos, nadie podría ahora imaginar su terrible pasado. De sus costumbres tradicionales conservan la obediencia al jefe, al cacique clásico, aunque la autoridad de éste sea más simbólica que real. Viven en un mundo distinto al suyo de ayer: el toldo precario se ha convertido en el rancho de adobes, más amplio, abrigado y duradero; el “chiripá” y la “bota de potro” en ropas modernas; el “malón” sangriento en pacíficas tareas pastoriles.

♦ La tradición y el gaucho

Sus alimentos son iguales a los nuestros; cuando la tierra se presta, siembran y cosechan algunos cereales; cumplen con las leyes vigentes; mandan sus hijos a la escuela; son amigos del maestro y del progreso; la bandera argentina es también la de ellos; en menos palabras: han entrado en la civilización.

El pasado lejano subsiste en sus nombres: Cayulef, Nahuelmilla, Huenchoeque, Maripan, Nahuelquir, Cañumil, Fuenchulaf, Melinao, Nancuchoe...; y en una marcada afición a las bebidas alcohólicas; todas sus fiestas, “señaladas”, esquilas, “camarucos”, etc., terminan en la embriaguez.

Esa inveterada atracción del alcohol la explotaba a mansalva, en la época en que yo actué, más de un comerciante inescrupuloso. Y, como antaño también, no faltaban los representantes de la autoridad que tergiversaran el sentido de la ley para obtener beneficios personales.

Sarmiento tiene siempre razón: la escuela sigue siendo muy necesaria, lo mismo para el indio que para el cristiano. Y el mejor maestro de la civilización será siempre el ejemplo, el buen ejemplo que sepamos dar, porque la Justicia es algo más que una mera palabra y debe alcanzar a todos por igual.

¡Ojalá que la época que yo conocí haya llegado, también, a su fin!

El mate amargo, símbolo de nuestro campo

LOS CABALLOS, LAS VACAS Y LAS OVEJAS que en incontables rebaños poblaron las llanuras de hace tres siglos, le dieron a la pampa su jerarquía de pedestal gaucho. Movilidad, cuero, carne y lana. Ese fue el aporte puro de la conquista. Pero hubo de ser el monte norteco, allá donde juntan ahora sus límites con la nuestra dos naciones hermanas —Paraguay y Brasil—, el que le diera al hombre de la llanura el elemento que había de constituir el más autóctono de sus símbolos, la yerba mate, el *ilex paraguayensis* de la clasificación científica. Y el mismo monte le dió, además, el poro o calabaza y el tubo de caña, recipiente y bombilla indispensables para preparar o “ensillar” el “cimarrón”, el mate amargo, complemento obligado, y fraterno también, del asado, la comida gaucha de todos los días y todos los tiempos.

“Ensillar” es ponerle yerba al mate, acción previa y similar a la de colocarle al caballo las prendas del recado que lo dejarán en perfectas condiciones de uso.